

# MONOGRAFIA HISTORICA

Es un recuento sucinto de nuestra tormentosa historia política. Es un cuadro tenebroso y triste, donde, con excepción de ciertos intervalos luminosos, todo lo oscurece el humo del combate y el vaho de la sangre.

El Gral. Moncada recuerda todo esto para hacernos un llamamiento a la conciencia; quiso él que los dos partidos se entendiesen y arreglasen una manera de vivir en paz, rivalizando solamente para engrandecer a la patria común.

El General Moncada condena la pasión partidaria que finca todo su anhelo en la destrucción del adversario. "Si alguna vez como Gobernante —dice— he caído en la necesidad de ordenar una prisión, lo hago por el convencimiento de que alguno o algunos pretenden trastornar el orden público, pero no someto a nadie a torturas ni a violencias impropias de mi alma".

En justicia debemos agregar que es muy cierto lo que afirma: que a nadie sometió a torturas ni a violencias. En esto fue fiel al programa de la revolución de 1909, que proscribió del gobierno la enema y el vergajo infamatorios.

Su desapasionamiento por los dos partidos nacionales, garantizaba la sinceridad de sus propósitos. El no buscaba, porque nunca buscó, que uno de los bandos dominara hasta exterminar al contrario.

I

Narremos en síntesis los hechos principales que forjaron el criterio e idiosincracia de los nicaragüenses.

Una tempestad que en aguas del Atlántico obligó a Colón a buscar refugio en el Cabo Gracias a Dios determinó el descubrimiento del Océano Pacífico, gloriosamente llevado a término por Vasco Núñez de Balboa. Consecuencia trágica de esta hazaña inmortal fue la muerte del insigne navegante en el cadalso, por envidia de su grandeza.

La conquista se extendió entonces a las costas de Centro América. Desembarca Francisco Hernández de Córdoba en Orotina, Costa Rica. Pasa a Nicaragua Penetra en los dominios del cacique Nicaragua (hoy Rivas). De allí toma su nombre toda la provincia.

Hernández de Córdoba establece después la ciudad de Granada, en las riberas del Cocibolca, penetra en el interior, por las márgenes del Lago Xolotlán y funda la ciudad de León.

En el camino se encuentra con tres caciques célebres, Nicarao, Diriangén y Tenderí, inteligentes y patriotas

Gobernaba en el Darién o Panamá, Pedrarias Dávila, émulo de Núñez de Balboa, el que envió a éste al cadalso. Oyó hablar de las riquezas de Nicaragua y vino a nuestra patria y sacrificó por rivalidad a Hernández de Córdoba, hombre de rara intrepidez.

También supo de nuestras riquezas el descubridor de México, Hernán Cortés, y envió una expedición al mando de Cristóbal de Olid. Este muere asesinado en la tienda de otro capitán español que le ofreció hospitalidad, un lugarteniente de Pedrarias Dávila

Por estos días Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala se hallaban más o menos en manos de los conquistadores, y desfilan desde entonces, en nuestra historia política y social, gobernadores, obispos y capitanes que amanecían este día o el otro colocados en las plazas públicas o en los caminos reales. Entran en el torbellino pavoroso los hermanos Contreras, precursores de la independencia.

Son distribuidos en encomienda los indios aborígenes. Llevan las cargas de los conquistadores con una cadena al cuello. Cuando se cansaban, para economizar la cadena, se les cortaba la cabeza. Los indios padecían muerte de cruz y los conquistadores también

Cuando recordamos esta triste historia, cerramos los ojos y caemos en sueño profundo, para olvidar, pero despertamos al influjo de terrible pesadilla.

Nos vemos rodeados de intensa oscuridad, en medio de alguna que otra aurora boreal

2

Aparece como pura aurora el 1821, un nuevo período de nuestra historia, con nueva faz, la rivalidad entre Oriente y Occidente, no obstante de que sus poblaciones principales habían sido fundadas por Hernández de Córdoba y circulaba en sus venas la misma sangre de los conquistadores españoles.

Nacen y viven los Ordóñez, los Cerda y Argüellos, los Fonseca y Malespines y todos se consagran al mismo cruento sacrificio, el de los propios hermanos, Episodio tristísimo de nuestra vida política es el de Cerda y Argüello, Jefe y Vice-jefe de Nicaragua, respectivamente. Eran íntimos amigos, subieron juntos al poder y se declararon enseguida sangrienta guerra

En esta sombra nebulosa se conoce un meteoro, que brilla por pocos años, Dionisio Herrera.

3

Durante estos mismos años de la independencia, Nicaragua se vió envuelta en las guerras de la Federación, con Morazán, Cabañas, Manuel José de Arce, los Aycinenas y otros. La sangre corría, corría, dando nacimiento a todas las furias de las pasiones políticas y a guerra de hermanos. Si la guerra es un bien, aquellos hombres merecían la inmortalidad; pero si es un mal merecen el anatema de la historia. Esto ha dado origen a escuelas filosóficas, que en este resumen no podemos resolver.

Solamente se puede asegurar que los defensores de la Federación cayeron en manos del indio de Mataquescuintla y perecieron.

Sobreviene otra época para Nicaragua, no completamente distinta de las anteriores, porque siempre corría la sangre por campos y ciudades, sino porque se esbozaron los partidos con diferentes nombres, dirigidos unos por Occidente, otros por Oriente. Los nombres no hacen al caso. Lo esencial para los nicaragüenses es conocer en pocas palabras su propia vida, en una cartilla que no tiene más criterio histórico que la verdad.

El año de 49, ya sobresalían los nombres de Fulgencio Vega, Frutos Chamorro y el General Muñoz por el lado de Granada y Francisco Castellón, Máximo Jerez y otros por parte de León. Apareció ese año la llamada facción de Bernabé Somoza, guerrillero terrible y cruel, cualesquiera que fueran las razones que lo impulsaran. Murió ahorcado en Rivas por mandato de los mismos que lo habían instado al movimiento revolucionario.

4

Después, el año de 1854, el pavor más grande de nuestra vida independiente! Las cadenas se multiplicaron, a los complicados o no en la guerra se les ponía grilletes, se les hundía en las aguas del Gran Lago o se les obligaba a cavar su sepultura. Vino la falange de William Walker, de Henningsen, marcha León contra Granada, vuelve ésta contra aquélla, llega a la Presidencia William Walker, y fusila al General Corral y a Rivas.

Los partidos se anonadan. Los irreconciliables enemigos se juntan, Jerez y Martínez, los Rivas y Chamorros, todos luchan contra el invasor. Henningsen, incendia Granada y sobre un árbol de Chilamate, a orillas del Gran Lago, escribe la famosa frase: *Here was Granada*.

Había intervenido con sus ejércitos Centro América. Juan Rafael Mora, de Costa Rica, se cubre de gloria.

Walker sale del país. Muere en Trujillo en el caldoso.

5

Y Nicaragua recomienza su larga historia. Los partidos, es decir granadinos y leoneses, cansados, diezmados, humillados ante la catástrofe, juntan a sus jefes Máximo Jerez y Tomás Martínez, y forman el gobierno binario y convocan una Asamblea Constituyente. De ella sale la Constitución llamada de 58 (año de 1858).

Para evitar rivalidades entre Occidente y Oriente se establece la capital de la República en Managua, ciudad indígena en aquellos tiempos, situada a orillas del Xolotán, (lago de Managua).

No tardó mucho aquella concordia, Jerez y Martí-

nez se separaron, quedando este último en el Gobierno, por dos períodos.

Le sucedió Fernando Guzmán, pero a éste le hacen la guerra; luego en 1869 los caudillos atrás mencionados y originarios de León. Termina con el triunfo de Guzmán por medio de un tratado que se firmó en Niquinohomo, por lo cual desde entonces se llama La Victoria.

Se suceden varios Gobernantes conservadores tranquilamente: Fernando Guzmán, Pedro Joaquín Chamorro, Joaquín Zavala, Adán Cárdenas, Evaristo Carazo, todos de Oriente; y por muerte de éste, el doctor Roberto Sacasa, padre de los doctores Juan B. Sacasa y Federico Sacasa y otros, importantes hoy día en la política del Partido Liberal Nacionalista.

El doctor Roberto Sacasa no pudo dar término a su Gobierno. Una revolución iniciada en Granada el 28 de abril de 1893 y encabezada por los Montiel, Zavala, Avilés, etc., le desalojó del Poder, formando luego una Junta de Gobierno. Esa se desintegró en pocos días y de resultas fue nominado Presidente Provisional de Nicaragua, por una Junta conservadora el General Joaquín Zavala, personaje de muy elevadas ideas, democrata y progresista.

La fracción liberal que bajo el mando de José Santos Zelaya había auxiliado a la revolución conservadora, inició una contrarrevolución el 11 de julio del mismo año en la ciudad de León, y aquél, triunfante, fue nominado Presidente Provisional por las tropas vencedoras; y luego en propiedad por una Asamblea Constituyente que dió al país una Constitución llamada del 93, bastante liberal, pero algo débil para el gobierno de pueblos no preparados en el ejercicio prudente de la libertad.

Los leoneses, amigos de Zelaya, compañeros del 11 de julio, se levantaron en armas contra él, en la ciudad de León, el año de 1896. Hubo gran trastorno, combate y sangre derramada en Mateare y Nagarote, consiguiendo el triunfo aquel gobernante, con auxilio de todos los conservadores de oriente. Era la reputación de la vieja querrela entre Oriente y Occidente.

La unión de Zelaya con los conservadores duró bien poco. El siguiente año éstos ocurrieron en Jinotepé, a las armas, huyendo luego hacia Costa Rica y reaccionando el año siguiente de 98, el 1901, el 1903, el 1906, y por fin el 1909, lo cual ocasionó la caída de Zelaya por su desafecto con el gobierno de los Estados Unidos de América y la célebre nota del Secretario de Estado Knox.

Vino el general Juan José Estrada a la Presidencia, hubo los pactos Dawson, comisionado del gobierno americano, la Constituyente de 1910. Y el 9 de mayo de 1911 Estrada descendió del Poder por una revuelta de sus amigos los conservadores, con quienes había marchado unido desde Bluefields hasta Managua. Quedó el vicepresidente Díaz en el poder, quien en el siguiente año sufrió la guerra llamada de Mena y la intervención armada de los marinos americanos. Fue guerra cruenta y desastrosa entre fracciones del mismo credo político, pero auxiliaron a Mena los liberales.

No analicemos la culpabilidad de los unos y los otros. Sólo establezcamos la inestabilidad de esas coaliciones de partidos o fracciones políticas, la idiosincrasia y género de vida del pueblo nicaragüense que hemos venido analizando.

Se sucedieron los conservadores diez y ocho años

en el poder: Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro, Diego Manuel Chamorro, por muerte de éste, Bartolomé Martínez y por elección popular Carlos Solórzano, elevado por casi todo el partido liberal.

Esta transacción no prosperó tampoco. El año de 1925, el 1º de enero, tomó el poder Solórzano, y el 28 de agosto del mismo año hubo el primer golpe de fuerza dirigido por el jefe de la fortaleza de Tiscapa y varios conservadores, y el definitivo de 25 de octubre siguiente, dado por el general Chamorro, seguido de la persecución y expatriación del vicepresidente doctor Juan Bautista Sacasa y la obligada renuncia del Presidente Solórzano, el 16 de enero de 1926, proclamándose enseguida Presidente defacto el general Chamorro.

Luego la cruenta guerra de 1926 y 27, en la cual el autor de este monografía tomó parte, dándole término con los convenios de Tipitapa arreglados con el coronel Henry L. Stimson, representante del Presidente Coolidge, bajo la palabra de honor del Gobierno de Washington.

Nuestra vida actual, la de 1925 hasta la fecha es de todos conocida, y como se trata de hechos en los cuales ha sido copartícipe el autor de esta monografía, le pone término y entre en el objetivo principal de esta historia. Habla ahora como gobernante, para exhortar al pueblo nicaragüense todo a un cambio de frente en la vida nacional.

6

La no envidiada historia de mi patria la tengo escrita en mi cerebro, con caracteres indelebles. La repaso cada día y cada día me convezco con mayor profundidad que en nuestra psicología e idiosincracia reina el mal, que cala nuestros huesos y se difunde en nuestra sangre y se apodera cruelmente de nuestros corazones

Si unos vencen, su primer deseo, su empeñoso ardor es vengarse del contrario, apoderarse de su hacienda, separarle de su hogar, y si fuese posible de esta vida.

Los perdidosos claman por el Poder, pero no piensan en la evolución, ni en elecciones, sino en otra guerra, en un golpe de fuerza y de cuartel. Es la práctica heredada de la colonia, inoculada año con año en la vida nacional, en la conciencia de nuestros conciudadanos.

No digo que no han demostrado, uno y otro partido, el liberal y el conservador, en varios períodos de la historia, cierto amor a la paz y grandeza de ánimo y que son susceptibles de mejoramiento y redención. Vi a los conservadores del 28 de abril de 1893 haciendo guerra entre hermanos, pero en lo posible humana, respetuosa de la hacienda y la vida de las personas, y a los liberales del 11 de julio igualmente.

Esto fue el resultado de un periodo de paz de treinta años más o menos. Se habían olvidado las pasiones, se forjaba otra alma en Nicaragua.

Mas como la guerra pervierte, a la fuerza desplegada por Granada, sacudió la fuerza de León, auxiliada por Managua o los partidarios de Zelaya. Y llegaron otras guerras, un periodo intranquilo de diecisiete años y en éste la reacción sangrienta y luego la guerra sangrienta de Mena, los cuartelazos, el odio sembrado, cultivado, crecido, de partido a partido de ciudadano a ciudadano.

Habiendo vivido en este torbellino, llevado y traído por los acontecimientos, y los hombres, y aún por la nación poderosa de Estados Unidos de América, expues-

to a perecer varias veces, caído en la lucha, alzado de la catástrofe, he venido a pensar por el bien de mi país, no en transacciones que nunca fueron buenas, no en convenios de caudillos y de políticos a políticos, jamás en pliegos cerrados y secretos de camarillas, sino en algo más alto y generoso, en lo que el mismo Partido Liberal pensó en su programa de 1913, la representación de las minorías. Que esto se escriba en la Constitución, que se practique, que se inocule en nuestras venas; que el partido caído crea que a fuerza de emulación y no a golpe de cuartel puede llegar al Poder, abierto el campo por los errores de su contrario, pues ninguna agrupación política sucumbe, como lo dice un filósofo francés, por los ataques de sus adversarios, sino por sus propios errores. Así cayeron los liberales con Zelaya, y después los conservadores en 1927.

No hago recriminaciones. Lejos de mí la pasión. La abomino por bastarda. Si alguna vez como Gobernante he caído en la necesidad de ordenar una prisión, lo hago por el convencimiento de que alguna o algunos traten de trastornar el orden público, pero no someto a nadie a torturas ni a violencias impropias de mi alma.

Hablo este lenguaje a mis compatriotas, con energía y franqueza, porque vuelven a la superficie las pasiones políticas, porque los gritos de odio se escuchan otra vez en el ambiente de la patria.

Yo quisiera saber cuál de los dos partidos puede en Nicaragua arrojar la primera piedra, y decir quiénes están exentos de pecado. Es hora de meditación.

He invitado para ayudar en esta ofrenda de paz a los conservadores y a los liberales y si no pudiere vencer en la contienda, no se dirá que estando en el Poder, y habiendo en mí voluntad para querer algo bueno en honor y bienandanza de mi patria, no lo he intentado. Lo quiero con alma y vida, porque aborrezco la guerra, no obstante de que por deber ciudadano, me he visto envuelto en ella tantas veces

Por estas incontrovertibles razones, he pensado en la unión de los partidos políticos de Nicaragua, en que se escuche aquí y en el exterior el clamor de todos los nicaragüenses por la paz

Obedeciendo a las mismas causas, he sido amigo de la influencia de los Estados Unidos en Nicaragua, para que crezcamos a su sombra en las prácticas republicanas y acepté a los marinos en Villa Stimson, para la supervigilancia electoral, en 1928 y este año de 1932. Más como esto no se repetirá, según expresa voluntad del gobierno americano, yo suplico a mis conciudadanos que me ayuden con todo esfuerzo a laborar por la paz, con orgullo y con tesón.

Mi temor estirba en que dos años de supervigilancia en favor de elecciones libres y honestas, no sean suficientes para concluir con las pasiones y rivalidades cultivadas con empeño durante trescientos años de coloniaje y un siglo más o menos de independencia.

Si los marinos han de intervenir después de este año en el mantenimiento de la paz, sería un gran honor para nosotros, aplaudido por nociones hermanas y amigas que por nosotros mismos, sin desdoro para Estados Unidos y para nosotros, no resurja la necesidad de otra intervención armada, por causa de discordias civiles, y por pedimento de las mismas naciones de Europa, las cuales siempre invocan la doctrina Monroe.

En estos momentos podría decir, me despojo de la condición de Gobernante para hablar a mis conciudadanos, como hijo de Nicaragua